

ANTONIO NARIÑO EN LA HISTORIOGRAFÍA COLOMBIANA. EVOLUCIÓN DE LA IMAGEN DE UN HÉROE: DE LAS VERSIONES CLÁSICAS DE LA INDEPENDENCIA A LA NUEVA HISTORIA

Andrés López Bermúdez*
Universidad de Antioquia, Medellín

RESUMEN

Este artículo describe las imágenes que la historiografía colombiana ha elaborado sobre Antonio Nariño, héroe de la independencia. Analiza las tradiciones e ideas recurrentes sobre este personaje y los atributos con que se lo presenta en el discurso histórico. La construcción de la imagen de este prócer de la independencia colombiana forma parte de la invención de la tradición a nivel nacional y regional, en Colombia, desde finales del siglo XIX hasta la actualidad.

PALABRAS CLAVE: Antonio Nariño, historiografía de Colombia, Independencia, tradición intelectual, héroe, siglo XIX.

ABSTRACT

This article describes the images Colombian historiography has developed on Antonio Nariño, the independence hero. The author analyzes recurring traditions and ideas about this character and attributes with which it is presented in historical discourse. Building the image of this hero of Colombian independence is part of the invention of tradition both nationally and regionally from the late nineteenth century to the present.

KEY WORDS: Antonio Nariño, Columbian Historiography, National Independence, Intellectual Tradition, National Hero, Nineteenth Century.

INTRODUCCIÓN

Atendiendo al rumor producido por la lucha de los vocablos que tratan de imponerse en la historia escrita, en el presente trabajo se procura adelantar la lectura de rasgos característicos de un grupo de textos históricos cuyo objeto ha sido la figura de Antonio Nariño. En su calidad de elemento

* El autor agradece los comentarios realizados por el profesor Rodrigo de J. García Estrada, del Departamento de Historia de la Universidad de Antioquia.

constitutivo del relato histórico, la continua utilización de adjetivos por parte de los historiadores determina la forma de las composiciones e ideas que se transmiten. Conforme a ello, la pretensión es exponer la evolución y el sentido de las ideas sobre las que ha gravitado la historiografía referida a un héroe de la independencia nacional.

Para el efecto, se ha tomado como punto de partida un postulado según el cual buena parte de los estudios históricos han estado influenciados por componentes distantes a sus fines específicos (explicar el pasado y proporcionar goce estético por medio de la palabra), de manera que sus objetivos se han concentrado más bien en crear tradiciones, entendidas como pautas de opinión y comportamiento sobre las cuales es posible establecer calculadas estrategias de acción política y social.¹ De acuerdo con este referente, al igual que en todas las tradiciones inventadas, el propósito de la historiografía colombiana dedicada al período de la Independencia sería el de reforzar la cohesión de una sociedad cuyas vinculaciones internas han experimentado un notable deterioro, así como inculcar en la masa de la población sistemas de valores, creencias y normas de comportamiento. La erección de figuras heroicas como paradigmas, como modelos a seguir cuya idealización sirvió para conformar mecanismos de autorreconocimiento, evidencia en este marco su razón de ser.

Hasta bien entrada la década de 1960 –e incluso comienzos de los años 1970–, el principal referente para historiar la Independencia fue el esquema interpretativo instaurado en el siglo XIX por José Manuel Restrepo con su *Historia de la revolución de la República de Colombia*,² que circunscribió la historia a una narrativa del acontecer político y militar que no sobrepasaba el límite impuesto por los hechos simples, individuales y aislados. Equiparada la verdad histórica con la verdad sucinta de los hechos, el trabajo del historiador quedaba reducido básicamente a seleccionar los hechos “más relevantes” y a exponerlos luego alineados en orden cronológico, dejando que hablaran “por sí mismos”. Al seleccionar únicamente los sucesos políticos y militares, multitud de fenómenos sociales y sus protagonistas quedaron por fuera de la historia oficial. Según Germán Colmenares, las narraciones que los historiadores asumieron durante más de un siglo como “la historia de la época de la Independencia” son, en rigor, solo un fragmento de la misma.³

1. Eric Hobsbawm y Terence Ranger, “Introduction: inventing traditions”, en Eric Hobsbawm y Terence Ranger, eds., *The invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992, p. 9 (trad. cast.: *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002).

2. José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución de la República de Colombia*, Medellín, Bedout, 1969-1970.

3. Germán Colmenares, *Las convenciones contra la cultura*, Bogotá, Tercer Mundo, 1989, 2a. ed., pp. 160-163.

LOS HECHOS QUE HICIERON CÉLEBRE A NARIÑO

El renombre de don Antonio Nariño y Álvarez en la historia de Colombia es tal que, de todos los héroes de la época de la independencia, solo Bolívar le supera en la literatura biográfica.⁴ Para identificar a tan importante personaje bastan dos palabras: El Precursor. Este calificativo se le otorgó porque en enero de 1794 tradujo y publicó la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, hecho que marcó no solo el resto de su vida sino el destino de su nombre a través de los tiempos.⁵ Ese mero acto le valió el paso a la historia como el primer americano que incorporó las ideas y los principios de la Revolución Francesa en las colonias de España, como el primero que “inoculó” en ellas el virus revolucionario. La percepción de la traducción y difusión de *Los Derechos del Hombre* como el pasaporte de Nariño a la posteridad es inequívoca en la historia escrita colombiana.

La participación del héroe santafereño en eventos políticos, sus hazañas militares y, en general, cada incidente de su vida romancesca y aventurera susceptible de ser precisado con detalles, con fecha, con lugar y hasta con hora sirvió para exaltar su memoria en los libros. Al decir de uno de sus más renombrados biógrafos, su papel histórico propiamente dicho, su talla de “conductor de pueblos”, de “legislador”, de “promotor fervoroso de una revolución en marcha”,⁶ arrancó aproximadamente el 14 de julio de 1811, fecha en la que comenzó a publicar *La Bagatela*:⁷ “La péñola que empuñó al fundar *La Bagatela* no descansa; blandiéndola elegantemente y con destreza, combate contra las ideas federalistas y contra el desgobierno que empezaba a sacudir a todo el país”.⁸

La campaña que emprendió al Sur en 1813, y el trágico final de la misma a raíz del incumplimiento de sus órdenes por parte de un subalterno suyo en marzo de 1814, le granjearon el reconocimiento en las páginas de la his-

4. Rafael Gómez Hoyos, *La revolución granadina de 1810*, Bogotá, Temis, 1962, p. 207.

5. Enrique Santos Molano, *Antonio Nariño*, vol. 2, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1972, contraportada.

6. Alberto Miramón, *Nariño, una conciencia criolla contra la tiranía*, Bogotá, Kelly, 1960, p. 147.

7. Gaceta dominical que comenzó a circular el 14 de julio de 1811, según registra Santos, como “el primer órgano político y de combate que se publicó en la América española”. Enrique Santos, *Antonio Nariño*, vol. 2, p. 12.

8. Alberto Miramón, *Nariño, una conciencia...*, p. 153.

toria como “El Verdadero Padre de la Patria”.⁹ Así mismo, las persecuciones que padeció por sostener sus ideales merecieron mención especial entre las peripecias de su vida. Los años, los meses, las semanas y los días que pasó encerrado en tal o cual prisión lo convirtieron en el “Mártir de la Libertad”, en su “Apóstol” y en su “Campeón”. Aunque el historiador Pbro. Rafael Gómez Hoyos sostenga lo contrario,¹⁰ la reiteración de los infortunios de Nariño con mengua del renombre de otros grandes de la patria acrecentó decisivamente el pedestal de su fama.

En suma, el conjunto de los hechos y las acciones de Nariño constituye el principal sustento de su nombre como el del “granadino más extraordinario de su época”. Ese conjunto lo elevó hasta el punto de haberse dicho que si Bolívar fue la revolución y Santander la organización, “él fue la patria misma”.¹¹ Las características intrínsecas del ser humano que hubo en El Precursor quedaron supeditadas entonces a unos hechos y a unas acciones que determinaron su prestigio. El Precursor fue en cierto modo más el objeto de los acontecimientos que el sujeto que los protagonizó. En consecuencia, puede decirse que el reconocimiento de la “sensatez y la viabilidad práctica de su pensamiento político”, tanto como el de sus “talentos de letrado” y sus “cualidades de periodista”, tuvo que esperar a que la publicación de *La Bagatela* le abriera paso; el señalamiento de sus “instintos de caudillo militar” también dependió del resultado de una serie de batallas; y ni qué decir de la medición del grado de “su voluntad de cambio político”, pues quedó sujeta a la magnitud de los martirios que padeció.

En un aparte de su obra, el historiador Alberto Miramón afirma que el “pensamiento trascendental y patriótico” del prócer constituye “una admonición que resuena y resonará siempre a través de los tiempos, como si Nariño se hubiera complacido en templar su relieve a lo largo de la historia”.¹² Tomando en cuenta la exposición que antecede a esta cita, más valdría decir que no fue Nariño el principal interesado “en templar su relieve a lo largo de la historia”, sino los historiadores, mediante la exaltación de unos acontecimientos que durante largo tiempo constituyeron su materia prima y el único eje de su labor.

9. Soledad Acosta de Samper, *Biografía del general Antonio Nariño*, Pasto, Imprenta del Departamento, 1910, p. 192.

10. Rafael Gómez Hoyos, *La revolución...*, p. 236.

11. Alberto Miramón, *Nariño, una conciencia...*, pp. 16, 318.

12. *Ídem*, p. 318.

LAS DIMENSIONES DEL HÉROE: ¿GRANADINO O SANTAFEREÑO?

Si bien es cierto que en la historiografía colombiana aparecen algunas anotaciones que señalan a Antonio Nariño como “hombre eminente del continente americano”, las menciones que lo muestran como “prócer de la Nueva Granada” las superan ampliamente, tanto en número como en extensión y profundidad. Al menos desde el último cuarto del siglo XIX, época en la que fueron de público conocimiento las *Memorias de un abanderado* de José María Espinosa,¹³ en la historia escrita del país ha imperado la idea de que El Precursor “sintetizó los sentimientos y las aspiraciones del virreinato granadino”.¹⁴ Hasta el presente en poco o en nada ha variado esta noción; antes bien, se ha visto reforzada por la opinión de que el héroe “se interesaba de veras por su país”, y que por estar influenciado por la Ilustración, “para él la base del patriotismo dependía del conocimiento práctico de la geografía, pues... no se amará bien a un país si no se le conoce, si no se siente su paisaje, si no se infiltra el espíritu en él”.¹⁵

Dado que tuvo ciertas ventajas sobre la generalidad de sus contemporáneos en ese tipo de conocimiento, Nariño fue designado por algunos historiadores como “el paladín de la autenticidad colombiana”. Su nombre ha sido invocado en los libros un sinnúmero de veces como el del “hombre que mejor supo valerse del manantial histórico y social del país para extraer las fórmulas directrices del naciente Estado colombiano”.¹⁶ Por todo lo antedicho, no resulta extraño que El Precursor figure en los libros como el “único prócer granadino que tuvo sentido de lo que podría llamarse integración nacional”.¹⁷ Integración no solo de territorio sino de población, de economía y de fuerzas históricas, a decir del historiador barranquillero Miramón.

Pero, de otro lado, la historia escrita de Colombia ha registrado con frecuencia que Antonio Nariño vino al mundo en Santafé de Bogotá, primera ciudad del Nuevo Reino de Granada. Por lo general, sus biógrafos han pues-

13. José María Espinosa, *Memorias de un abanderado*, Bogotá, Banco Popular, 1971.

14. A manera de ejemplo puede verse lo que dice sobre el particular Soledad Acosta de Samper en la p. VII de su libro sobre El Precursor.

15. Alberto Miramón, *Nariño, una conciencia...*, p. 338.

16. *Ídem*, p. 163. Véase también: Indalecio Liévano Aguirre, *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*, vol. II, Bogotá, Tercer Mundo, 1972, 4a. ed., pp. 681, 688, 712, 723, 802, 836-837 y 868.

17. Alberto Miramón, *Nariño, una conciencia...*, p. 163. Véase además el artículo de Eduardo Ruiz Martínez, “Antonio Nariño, primer presidente con sentido de integración nacional”, en Revista *Credencial Historia*, No. 47, Bogotá, noviembre de 1993, p. 8.

to especial cuidado en señalar que “provenía de una familia ilustre” y que, como santafereño raizal, “conocía personalmente a cuantos hombres de alguna representación” vivían en su ciudad natal. Caracterizado como un “aristócrata erudito”, como “un mimado de la fortuna y de la sociedad”, de Nariño se ha dicho que “poseía como ninguno el aticismo, la gentileza y la inteligente ironía que son características de su raza y de la ciudad en donde nació, motivo más que suficiente, fuera de sus propios merecimientos, para que desde temprano descollara en la sociedad santafereña”.¹⁸

Para el común de los escritores, el “carácter emprendedor”, la “inquietud intelectual”, el “vivo sentido del humor”, la “capacidad de reír estoicamente de sus propias tragedias”, y la “facilidad para ironizar sobre los defectos de sus adversarios” confluyeron en Nariño debido al roce que tuvo desde la infancia con el medio bogotano. Allí se habría nutrido del espíritu santafereño más fino y mordaz, de la agudeza necesaria para “irritar la epidermis provinciana” de contradictores políticos tan sobresalientes como Camilo Torres o Francisco de Paula Santander.¹⁹

Haciendo eco de una noción generalizada desde tiempo atrás, hacia 1906 doña Soledad Acosta de Samper apuntó en su *Biografía del general Antonio Nariño* que en El Precursor “estaba pintada la sociedad santafereña del fin del siglo XVIII”.²⁰ Esta idea, que prolongó su vigencia en la historiografía de manera admirable, ha sido entendida por diversos autores en el sentido de que la tradición hispano-católica predominante en Santafé y en el hogar aristocrático del prócer fue factor determinante de su proceder histórico.²¹ Los defensores de esta posición argumentan que en alguna ocasión el mismo Nariño declaró con orgullo: “La ventaja de haber nacido en una ciudad donde la opinión pública, las costumbres y las ideas comunes fomentaron la buena educación que recibí de mis padres me ha hecho vivir y obrar”.²²

Valiéndose de la fuerza del tradicionalismo arraigado en Santafé o no, lo cierto es que los historiadores están de acuerdo en que El Precursor “supo ejercer una extraña fascinación sobre el pueblo de la ciudad y en general sobre el pueblo de toda [la provincia de] Cundinamarca”. A lo anterior, algunos agregan que por su tendencia política centralista el prócer también “gozó de la aceptación de la oligarquía de la región”.²³ De hecho, Nariño

18. Alberto Miramón, *Nariño, una conciencia...*, p. 46.

19. *Ídem*, p. 292. Ver, además, Enrique Santos, *Antonio Nariño*, vol. 2, p. 121.

20. Soledad Acosta de Samper, *Biografía del general Antonio Nariño*, p. VII.

21. Rafael Gómez, *La revolución...*, p. 210.

22. *Ídem*, p. 210; y, Alberto Miramón, *Nariño, una conciencia...*, p. 39.

23. Eduardo Ruiz, “Antonio Nariño, primer presidente”, pp. 8-9.

conocía a la perfección la idiosincrasia y las motivaciones de los habitantes de la capital, y para acrecentar su influjo “acomodaba el estilo de su escritura a la forma de ser de los santafereños”.²⁴

El número de veces que se ha señalado en la historia escrita del país que Nariño era el “ídolo de Santafé” es más que significativo. Al efectuar un balance crítico de esas menciones resulta claro que, desde el siglo XIX, los historiadores han atribuido la popularidad del héroe principalmente a aquellas actuaciones suyas tendientes a conservar la tradición, así como a otras que podrían calificarse como demagógicas y populistas. Soledad Acosta de Samper anotó que “aumentó el presidente su popularidad visitando las cárceles la víspera de Navidad y perdonando y dando su libertad a varios reos, con lo cual se ganó la buena voluntad de muchos”.²⁵ Esta misma autora añade un poco más adelante: “Nariño protegía particularmente a la plebe, le tenía compasión y en todo caso se ponía de su parte”.²⁶

Vale la pena anotar que las pretensiones de Nariño por concentrar los poderes de la naciente república en su amada ciudad natal, le significaron no solo el odio de los señores de provincia, que querían ser “únicos dueños de sus feudos”,²⁷ sino también la franca aversión de algunos historiadores de fuera de la capital, que, como Roberto Botero Saldarriaga, hicieron que su nombre pasara a la posteridad como el de un héroe nacional “allegado a un lugareñismo chocante”.²⁸

DE HOMBRE AMBICIOSO Y MANIPULADOR A PROHOMBRE, 1827-1876

La figura de Antonio Nariño no sale muy bien librada en su aparición inicial en la historiografía nacional. El honor de insertarla en los libros de historia patria por primera vez correspondió a José Manuel Restrepo. Tanto en su *Historia de la revolución de la República de Colombia* como en su *Diario político y militar*, Restrepo pinta a un hombre abrasado por la “sed de poder”. Según dice, El Precursor “no podía sufrir que Bolívar, Santander y otros mandasen y que él estuviera de particular cuando se creía el primer

24. Gabriel Puyana García, “La primera república y la reconquista”, en *Historia de las Fuerzas Militares de Colombia*, vol. I, Santafé de Bogotá, Planeta, 1993, p. 144.

25. Soledad Acosta de Samper, *Biografía del general Antonio Nariño*, p. 105.

26. *Idem*, p. 109.

27. José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución*, t. I, p. 339; y, Eduardo Ruiz, “Antonio Nariño, primer presidente”, pp. 8-9.

28. Roberto Botero Saldarriaga, *Córdoba, 1799-1829*, Medellín, Bedout, 1970, p. 273.

hombre de la república”.²⁹ A lo anterior el historiador antioqueño agregaba lo siguiente: “este general escribe bien y posee el ridículo. Es hombre peli-groso, pues cuando él no está en el mando no se halla contento. Sería mejor no obligarle a escribir y dejarle retirado en su casa, a donde por lo menos se mantiene enfermo de una pierna”.³⁰

En términos generales, Restrepo describe a un maquinador de primera categoría, a un “intrigante sagaz” que no dudaba en recurrir a medios ilegítimos para conseguir cuanto se proponía. “Germen de división, espíritu pequeño y con pocas luces en la ciencia del gobierno”,³¹ Nariño era para Restrepo un personaje “desmedidamente ambicioso” que “pasaba por un sabio en Santafé”³² y se valía de ello para “manipular multitudes” en beneficio de sus intereses particulares. La movilización del populacho que tan hondamente preocupaba a Restrepo, constituye el cimiento de la primera evocación relevante sobre el notable santafereño. En lo sucesivo Nariño será visto como un personaje en todo y por todo “popular”, tanto porque el pueblo lo nombró su ídolo, cuanto porque él aceptó con paternal gusto ser su conductor.

Otro autor del siglo XIX, José María Espinosa, revela que Nariño, en efecto, era el “ídolo del pueblo”, por su “afabilidad” y “política”, por su “valor”, pero sobre todo por sus buenas relaciones con la Iglesia y con el clero.³³ El respaldo que El Precursor obtuvo de la jerarquía eclesiástica le proporcionó aire a su liderazgo natural y, de paso, lo validó ante la sociedad. Esto pudo atenuar un poco la mancha de ambición personal que percibieron en él sus contradictores políticos.

Las opiniones emitidas por Restrepo sobre la moralidad de Nariño en el manejo de la cosa pública cambiaron en la historiografía del resto del siglo XIX, dándose un giro total, llegando a sostenerse que aquél “siempre actuó de buena fe”, que fue un hombre “recto”, “probo” y “desinteresado”. De manera mucho más insistente se repetiría que “murió ceñido a los dogmas de la Iglesia” y que “adhirió de manera sincera y devota a la persona del vicario de Cristo”.³⁴

Por otra parte, se ha dicho que estuvo bastante “influido por los enciclopedistas”, por Rousseau y sobre todo por Voltaire. Sobre el particular José Manuel Groot anotó: “Es preciso decirlo francamente. Nariño no tuvo más

29. José Manuel Restrepo, *Diario político y militar*, t. I, Bogotá, Imprenta Nacional, 1954, p. 235.

30. *Ídem*, t. I, p. 212.

31. *Ídem*.

32. José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución*, t. I, p. 91.

33. José María Espinosa, *Memorias*, p. 45.

34. Rafael Gómez, *La revolución...*, pp. 261, 264.

lado malo que sus ideas antirreligiosas: era un filósofo neto de la escuela volteriana”. No obstante, en la misma página en la que apuntó esto, Groot dio un paso que sería habitual en los historiadores que le sucedieron: se apresuró a proteger la imagen del gran católico recurriendo a la estructura moral que El Precursor recibió de sus mayores: “el filosofismo de Nariño [dice] no dimanaba de corrupción de costumbres, que las tenía muy puras, sino que en la época en que formó sus ideas, la filosofía incrédula campeaba por todas partes, y llegó a dominar su espíritu”.³⁵

Otra de las evocaciones iniciales más significativas es la del Nariño “talentoso” y “dotado de enormes recursos intelectuales”. Junto con los demás historiadores del siglo XIX, el mismo José Manuel Restrepo reconoció en él un “ingenio superior al normal”, pero fueron José Manuel Groot, Soledad Acosta de Samper y los historiadores académicos de mediados del siglo XX los encargados de hacer resonar con mayor intensidad “las capacidades” y “el espíritu pragmático” del prócer. Para dar fuerza propia a esta convicción, bastó con que el señor Groot dijera que El Precursor era hombre “calculado para las circunstancias”, y que aunque otros le aventajaban en conocimientos: “no eran más que hombres teóricos, políticos de libro, cuando Nariño a sus conocimientos teóricos le agregaba el ser hombre de mundo, hombre de acción y de un tacto político exquisito”.³⁶

Hasta el momento se ha visto cómo las primeras rememoraciones sobre la figura del general Nariño remiten a la idea de un hombre poco corriente, más expuesto a una eventual polémica que los demás, pero muy humano al fin y al cabo. Desde mediados del siglo XIX, y casi hasta su terminación, del recuerdo del Precursor dimanó un halo tan singular y tan atrayente como el de cualquier hombre notable. Sin ser perfecto, reunía los atributos básicos de los líderes de la época y gozaba de la relativa aceptación de la Iglesia, los nacientes partidos políticos y las diferentes capas sociales.

DEL HOMBRE SUPERIOR AL HÉROE TRÁGICO, 1876-1950

La imagen del “hombre importante”, modesta si se quiere, comenzó a ceder terreno ante el empuje de la imagen del “hombre paradigma”, que se abrió paso con firmeza a partir del tercer cuarto del siglo XIX. La nueva imagen —que perdurará largamente en la historiografía académica colombiana—

35. José Manuel Groot, *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada*, t. III, Bogotá, ABC, 1953, p. 155.

36. *Ídem*, t. III, p. 154.

empezó a configurarse luego de la publicación de las *Memorias de un abanderado* de José María Espinosa, pero tomó consistencia durante los diez primeros años del siglo XX con la aparición de las obras de Soledad Acosta de Samper, y Jesús María Henao y Gerardo Arrubla. Con estos libros sobrevino una avalancha de nuevas tradiciones sobre el héroe, y otras que ya existían se afianzaron entonces. Si hasta ese momento El Precursor había sido de manera preponderante “ídolo popular”, “católico ejemplar”, y hombre “inteligente” y “talentoso”, en lo sucesivo sería sencillamente indescriptible. “Incontrastable”, indicaron algunos historiadores, “superior a todos”, pensaron otros. José María Espinosa apuntó al respecto que “descollaba entre todos y adelante de todos la arrogante figura de Nariño”.³⁷

Su “mérito militar” gozó entonces de gran renombre, y condiciones castrenses insospechadas brotaron de su civil figura. Se subrayó que el ídolo de Santafé y Cundinamarca no fue un simple conductor de montoneras, sino “todo un general” que levantó ejércitos de la nada, y que, de no ser por la perfidia de sus subalternos, habría sido el libertador de Colombia.³⁸ Desde la publicación del libro de José María Espinosa en 1876, “valeroso” y “arrojado” se volvieron calificativos indispensables para referirse al general, con lo que se instauró una nueva tradición. En lo venidero, la descripción de cada una de las acciones armadas en las que había participado quedaría refrendada solo cuando incluía un párrafo como el siguiente, referido a su actuación en la batalla de Calibío: “era un estímulo ver el arrojo y la intrepidez de Nariño, que desafiaba audazmente los mayores peligros y se hallaba en todas partes dando ejemplo de valor y serenidad”.³⁹

Por los mismos días en los que adquirió esplendor la figura del “guerreero valiente”, la imagen del hombre que “tenía en grado excelso los dones políticos”⁴⁰ también saltó a la palestra pública con gran éxito. El “tacto” y la “habilidad” del “estadista” han sido desde entonces una constante más al hablar acerca del Precursor.⁴¹ Para la historiografía de aquel entonces, ade-

37. José María Espinosa, *Memorias*, p. 73.

38. Enrique Santos, *Antonio Nariño*, vol. 2, p. 55; Gabriel Puyana, “La primera república”, vol. I, t. I, p. 185.

39. José María Espinosa, *Memorias*, p. 58. Expresiones como esta son bien frecuentes en prácticamente toda la historiografía posterior a las *Memorias de un abanderado* de Espinosa. En la historia escrita de la segunda mitad del siglo XX pueden verse, por ejemplo, en el libro de Indalecio Liévano, *Los grandes conflictos*, vol. II, pp. 737, 781, 792, 815, 823, 828 y 832.

40. Soledad Acosta de Samper, *Biografía del general Antonio Nariño*, p. 101.

41. Pasada la mitad del siglo XX esta noción continuaba apareciendo con regularidad en los libros. Puede consultarse, por ejemplo, la obra de Indalecio Liévano, *Los grandes conflictos*, vol. II, pp. 648, 677-679, 749 y 751.

más de poseer ciertas dotes, el verdadero héroe estaba obligado a utilizarlas en favor del bien. De ahí que introducir al lector en la búsqueda de virtudes supremas –que a la postre se encontraban solo en el héroe de turno– fuera algo común en los libros de la época.

Profusamente difundida por la Academia Colombiana de Historia a partir de 1902, la visión paradigmática relevó el carácter ejemplar de la vida del Precursor con extraordinaria elocuencia. De 1906 a 1911 la imagen del prócer fue perfeccionada con la ampliación del escenario histórico que servía de fondo a sus movimientos. En la nueva versión del paradigma, el héroe continuó siendo grande aun lejos de los campos de batalla y fuera de la tribuna pública. Tuvo la oportunidad de demostrar su superioridad moral con el manejo de sus asuntos domésticos y su valor al afrontar no ya las balas enemigas sino las contrariedades de la vida. Soledad Acosta de Samper fue tal vez quien más aportó a esta expansión del cuadro histórico con la publicación de su *Biografía del general Antonio Nariño*. Solo entonces comenzó a hablarse con insistencia del “alma noble” que tuvo Nariño y de la “excel-situd” de su personalidad, tradición que ha pervivido a través del tiempo.⁴²

La complejización de la trama dio cabida inmediata a comentarios recurrentes y pormenorizados en las obras de los miembros de la Academia Colombiana de Historia, acerca de la “distinción” de la figura física del héroe; la “debilidad” de su carácter “sensible”; el “aire atrayente” de su presencia; la “elocuencia de su palabra”; el enorme “prestigio” que alcanzó su nombre; las “envidias”, “calumnias”, “odios”, “persecuciones y desengaños que padeció”; pero ante todo se resaltó la “meritoria abnegación” de su existencia “al servicio de la patria”.

En el mismo tono de muchos otros historiadores académicos, Henao y Arrubla anotaron que Nariño “fue el primero que habló de independencia y libertad”,⁴³ en tanto que Botero lo denominó “fundador de la Primera República y eterno propagandista de la libertad”.⁴⁴ Sin embargo, el pronunciamiento más decisivo en este sentido fue el de Soledad Acosta de Samper: en su *Biografía* señaló el “patriotismo” del caudillo al menos en veintiocho oportunidades. Según las fuentes empleadas para la realización del presente trabajo, esta es la segunda tradición más importante de cuantas han surgido en la historiografía nacional sobre El Precursor Nariño.

La idea de que el prócer “perdió hasta su dignidad al negarse a sí mismo por la patria” también se encuentra bastante difundida en los libros de his-

42. Alberto Miramón, *Nariño, una conciencia...*, pp. 14-16.

43. Jesús María Henao y Gerardo Arrubla, *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria*, Bogotá, Voluntad, 1967, 8a. ed., p. 311.

44. Roberto Botero, *Córdoba*, p. 273.

toria escritos después de 1900. Otro tanto sucede con la noción de que, a pesar de sus magnos sacrificios, “sufrió el desdén de sus compatriotas” y, desengañado, pronunció apocalípticos presagios sobre el futuro de esa patria ingrata por la que tanto se había esforzado. Desde entonces se ha considerado que además de todo fue “vidente”. Soledad Acosta de Samper puso a rodar esta imagen anotando que el héroe tenía “ojo profético”⁴⁵ y que en un arranque de inspiración:

predijo que la república que empezaba tan desdorosamente, continuaría su marcha al través de los años no hacia el progreso y la prosperidad que merecen las naciones que saben premiar las virtudes y castigar la ingratitud, la malevolencia y la envidia, sino que iría hacia el abismo y cosecharía el desprecio de las naciones fuertes y la aversión y la malquerencia desesperada de sus propios ciudadanos.⁴⁶

Pero más significativa que las anteriores exhortaciones, y tan importante como la tradición que ha sostenido la imagen del gran patriota, ha sido otra que, proveniente de mediados del siglo XIX, se desarrolló a partir de 1907 con inaudita aceptación entre la opinión pública. Se trata de la idea generalizada de la “dramática existencia” de Antonio Nariño. José María Vergara y Vergara expresó: “pelea como un león; lo vence la fatalidad y no los enemigos”.⁴⁷ José María Espinosa registró que Nariño había sido “un caudillo digno de mejor suerte”.⁴⁸ Por su parte, Soledad Acosta de Samper escribió que “la suerte se encarnizaba siempre contra Nariño. Nunca podía tener satisfacción en todo lo que emprendía. En el fondo de toda copa que apuraba siempre había un sabor a amargura”.⁴⁹ Henao y Arrubla señalaron que “la suerte aciaga que persiguió a Nariño durante su vida lo acompañó aún más allá de la tumba”.⁵⁰ Tiempo después, Miramón apuntó que la existencia del héroe estuvo “atormentada sin cesar por los infortunios”,⁵¹ en tanto que Santos anotó que no fue vencido por sus enemigos sino “por la traición y el infortunio”.⁵² Por su parte, Tomás Cadavid Restrepo lo llamó “Edipo americano” porque su vida le pareció “copia de tragedia griega”.⁵³

45. Soledad Acosta de Samper, *Biografía del general Antonio Nariño*, p. 135.

46. Alberto Miramón, *Nariño, una conciencia...*, pp. 81, 190 y 192.

47. José María Vergara y Vergara, *Vida y escritos del general Antonio Nariño*, vol. I, s.l., Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1946, p. VII.

48. José María Espinosa, *Memorias*, p. 64.

49. Soledad Acosta de Samper, *Biografía del general Antonio Nariño*, p. 145.

50. Jesús María Henao y Gerardo Arrubla, *Historia de Colombia*, p. 540.

51. Alberto Miramón, *Nariño, una conciencia...*, p. 147.

52. Enrique Santos, *Antonio Nariño*, vol. 2, p. 85.

53. Tomás Cadavid Restrepo, “Tríptico, Antioquia eficaz, Antioquia heroica, Antioquia maestra de libertad”, en *Crónica municipal*, Medellín, Bedout, 1969, p. 168.

Siguiendo la línea indicada por Northrop Frye en su *Anatomy of Criticism*, Hayden White identifica cuatro formas literarias o modos de construir una trama, a los cuales recurren los historiadores para estructurar o explicar las narraciones de sus relatos: el romance, la tragedia, la comedia y la sátira. La tradición que caracteriza a Nariño como víctima del destino constituye un caso explícito que ilustra las afirmaciones de White sobre la forma de la tragedia:

En la tragedia no hay ocasiones festivas, salvo las falsas e ilusorias... Sin embargo, la caída del protagonista y la conmoción del mundo en que habita que ocurren al final de la obra trágica no son vistas como totalmente amenazantes para quienes sobreviven a la prueba agónica. Para los espectadores de la prueba ha habido una ganancia de conciencia. Y se considera que esa ganancia consiste en la epifanía de la ley que gobierna la existencia humana, provocada por los esfuerzos del protagonista contra el mundo.⁵⁴

Desde los inicios del siglo XX, la historiografía académica conservó esta imagen e introdujo nuevas tradiciones sobre la estructura existente. La figura del Precursor sería comparable, entonces, al enorme tronco de un árbol de una variedad en peligro de extinción, que los historiadores se apresuraron a podar con esmero sin advertir la debilidad de la raíz. En su afán por dar forma al follaje, no permitieron que las ramas echaran el fruto que salvaría la especie en el eventual caso de que el desmesurado peso del tallo, y el desgaste natural producido por el paso del tiempo, hicieran irremediable su caída.

LA HUMANIZACIÓN A MEDIAS DEL HÉROE, 1950-1970

En esta etapa, las causas del pensamiento y obra de Nariño fueron buscadas en el contexto económico, político y social de su época y en sus facultades personales. Con ello la historiografía académica aceptaba tácitamente que incluso los grandes hombres encuentran limitaciones superiores a sus fuerzas a la hora de forjar los destinos de un pueblo. Tal como lo ha señalado Germán Colmenares en su libro *Las convenciones contra la cultura*, los historiadores hispanoamericanos habían introducido desde el siglo XIX la exaltación de las potencialidades humanas de la voluntad como elemento distintivo de la esta-

54. Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 20. Véanse, además, las pp. 18-19 y 21.

tura heroica.⁵⁵ Ante el resquebrajamiento de las mismas por factores inherentes al contexto espacial y temporal, en el caso del Precursor, los historiadores de la Academia Colombiana de Historia retomaron un recurso utilizado por sus colegas del siglo XIX para resguardar las peculiaridades heroicas del prócer. Dicho recurso consistió en compendiar hasta los rasgos más contradictorios del héroe sin importar la objetividad del retrato: “el contraste entre sus aspectos brillantes y sus zonas oscuras, el retrato psicológico veraz, perdían importancia frente a los resultados atribuidos a su acción. La imagen del héroe se componía y se recomponía en el espejo hecho añicos de sus actos”.⁵⁶

De ese modo, la historiografía académica de las décadas posteriores a 1950 pudo compaginar aun mejor que su predecesora la falibilidad humana y el carácter abatible de Antonio Nariño con la supuesta “invencibilidad” de su voluntad. Al ampliar la especificidad y el número de los calificativos, la historiografía académica de la segunda parte del siglo XX no puede sustraerse de revelar la fragilidad de la condición humana del prócer; pero, al mismo tiempo, en su apuro por reforzar la imagen paradigmática proveniente del último cuarto del siglo XIX, sacralizó esa humanización del héroe encumbrándolo al nivel de los santos. La repetición de la “apostólica vocación” de servicio público del Precursor es frecuente, por ejemplo, en el libro del historiador Miramón:

no fue solo El Precursor, sino también el actor de la independencia; de ella se hizo su apóstol y al propio tiempo su campeón, y recorrió por ella, a más de los rincones del suelo nativo, toda la inmensa gama del dolor humano, sin desmayar un momento, sostenido por la fe en su ideal y encendido por aquel amor a la patria que él esperó recogería la posteridad y consignaría la historia... Es como dice Antonio Gómez Restrepo, de la raza de Prometeo, benefactor de sus semejantes, aherrojado, pero no vencido, lleva en su frente la aureola melancólica de los que luchan, para que otros coronen el triunfo.⁵⁷

La tradición que afirma que Nariño fue víctima de su destino también experimenta una modificación sustancial durante la segunda parte del siglo XX. La historiografía comienza a hacer notar que las vivencias del caudillo santafereño estuvieron supeditadas a la forma de vida que él mismo “escogió” llevar. Al respecto, Miramón señala: “nadie como Nariño poseyó en tan alto grado la cualidad de la autotelia, palabra con que los antiguos significaban la facultad de un ser para trazarse a sí mismo el fin de sus acciones”.⁵⁸

55. Germán Colmenares, *Las convenciones*, p. 161.

56. *Ídem*, p. 144.

57. Alberto Miramón, *Nariño, una conciencia...*, p. 85.

58. *Ídem*, p. 348.

Ahora, el discurso histórico provoca la sensación de que el gran hombre “se propuso” hacer de su existencia un drama, para enseñar a sus conciudadanos que la sal de la vida no se encuentra en la inmutabilidad de una comodidad plácida, sino en el sabor agridulce que solo conocen quienes son capaces de permanecer entre el sufrimiento y la esperanza con tal de ver consumado un ideal noble: “porque solo puede ufanarse de haber vivido su vida totalmente aquel que gastó su fuerza vital en holocausto al futuro; solo para él la muerte no será el límite entre la vida y el vacío, sino el fin de los efectos de la vida”.⁵⁹ De acuerdo con ese planteamiento, Antonio Nariño vivió de veras. Fue un buscador de la verdad que supo hallarla y vivenciarla al autodeterminar su destino en bien de la patria.

Dentro del momento historiográfico descrito, se produjo también la aparición de algunas ideas nuevas sobre la figura del Precursor. Comenzó a decirse reiteradamente que el hogar de sus padres fue un “ejemplo de cultura y de tradición”; que por ser un “aristócrata”, un “mimado de la fortuna” y un “burgués” no pudo ser un resentido social ni un inconforme; que en ocasiones fue tan “soñador” como lo pinta la historia;⁶⁰ que aunque lo distinguió un “carácter inquieto” supo mostrarse “imperturbable” cuando las circunstancias lo exigieron; que poseyó el más fino “sentido del humor”;⁶¹ y que fue en extremo “afectivo” con los suyos, “padre amantísimo” y “esposo fiel”: “negocios y demás actividades no le distraían de los deberes hogareños”.⁶²

Se habló también con insistencia de la “elegancia” del hombre educado en los “usos y maneras cortesés”⁶³ y de su “pasión por la intelectualidad y los libros”, al punto que ambos aspectos quedaron elevados a la categoría de tradición. “Nariño sabía demasiado de demasiadas cosas”, anota Santos sobre el último particular: “He dicho –añade– que profundizaba en economía, literatura, ciencias, política. Y se me olvidó decirles que también era artista”.⁶⁴ Por su parte, entre los atributos del prócer como “publicista” los historiadores señalaron con especial énfasis “aquella prosa fulgurante y llena de arrebatos”,⁶⁵ así como su “ironía honda y gallarda”.⁶⁶

59. *Ídem*, p. 16.

60. Enrique Santos, *Antonio Nariño*, vol. 1, pp. 45, 71.

61. *Ídem*, vol. 1, p. 66.

62. *Ídem*, vol. 1, pp. 32, 49, 61, 78; y vol. 2, p. 12.

63. Alberto Miramón, *Nariño, una conciencia...*, p. 100.

64. Enrique Santos, *Antonio Nariño*, vol. 1, pp. 46-47 y 61.

65. Alberto Miramón, *Nariño, una conciencia...*, p. 239. Véase además la obra de Liévano, *Los grandes conflictos*, vol. II, p. 688.

66. Alberto Miramón, *Nariño, una conciencia...*, p. 347.

Como puede apreciarse, las ramificaciones más variadas continuaron brotando de la imagen paradigmática del Precursor. Si los historiadores no llegaban a un consenso sobre un atributo en particular del héroe, los nuevos ramales surgían con formas, tamaños y tonos diversos, brotando de la parte más alta del tronco historiográfico y terminaban por tomar la configuración deseada por el historiador de turno.

Por la misma época su “predisposición innata para consumir su misión con el triunfo” sencillamente se dio por cierta, y la imagen del “conductor de multitudes” renació con insospechado brío. El “vocero de los intereses populares”, el “defensor de los desvalidos y los humildes”, el “incansable buscador de la justicia social para todos y cada uno de los colombianos”, figuró en la historia escrita con más fuerza que nunca. Entonces, la evocación del ídolo del pueblo registrada por los primeros historiadores del siglo XIX presenció el surgimiento de una tradición paralela, que, a diferencia suya, se perfilaba relevante y sólida.⁶⁷ Indalecio Liévano fue uno de los gestores de esta tradición que reivindicó la justicia de la popularidad del héroe. En más de cuarenta apartes de su obra *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*, este historiador mostró al prócer no como un demagogo sino como un hombre que supo ganarse con honestidad y méritos el afecto y el respaldo incondicional de su pueblo.⁶⁸ Liévano se propuso señalar de una manera más que enfática que, a pesar de pertenecer a la oligarquía granadina, Nariño se enfrentó a ella durante toda su vida en defensa de los intereses populares.⁶⁹

En los años sesenta, la voz de que Nariño fue un “hombre del siglo de las luces” resonó otra vez, arrancando nuevos ecos del repertorio de los historiadores. Hasta entonces, los comentarios relacionados con que el héroe había escuchado de los labios mismos de los más sobresalientes políticos de Europa los avances del pensamiento contemporáneo⁷⁰ eran tan superficiales como eso, pero a partir de la década de 1960 los historiadores comenzaron a profundizar en el asunto y en lo sucesivo pocas facetas de su vida escaparon de ser asociadas con su condición de ilustrado.⁷¹ Gómez escribió:

67. Enrique Santos, *Antonio Nariño*, vol. 1, p. 52; y vol. 2, pp. 16, 20, 25, 33, 35-36 y 123.

68. Indalecio Liévano, *Los grandes conflictos*, vol. II, pp. 552-553, 564, 621, 633, 643-644, 653, 677, 680, 682-683, 685-686, 688-690, 723, 742, 750, 755-760, 787 y 791. Recuérdese que José Manuel Restrepo tildó al Precursor de demagogo, aunque no lo hizo empleando ese preciso término. Indalecio Liévano, *Los grandes conflictos*, vol. II, pp. 687, 753, 829.

69. *Ídem*, vol. II, p. 729. Véanse además las pp. 620-621, 677, 689, 724, 754-755, 806, 808 y 837. Véase, también Germán Colmenares, *Las convenciones*, p. 163.

70. Roberto Botero, *Córdoba*, p. 273.

71. Enrique Santos, *Antonio Nariño*, vol. 1, pp. 25, 43-46.

“Destácase también en Nariño fuera de sus aficiones médicas, botánicas y pictóricas, el estudio de las ciencias exactas, principalmente de la física”.⁷² Y Gonzalo Hernández de Alba apuntó: “Ambos, Nariño y Vargas creían firmemente en la perfectibilidad del conocimiento, en la superación de los saberes, en el progreso de la sociedad y en la utilidad universal de la educación... eran, en suma, *ilustrados*”.⁷³

Aunque esto parezca extraño, fue por acción de los mismos autores que surgió la tradición del “romanticismo” del prócer.⁷⁴ En *La revolución granadina de 1810*, el Pbro. Gómez identifica en Nariño dos grandes sentimientos románticos: “el amor a la patria y la ambición de gloria”,⁷⁵ que reforzará hasta el presente tanto la tradición del “gran patriota” como la del “hombre romántico”. Tomando en cuenta los anteriores elementos, puede observarse que pasada la mitad del siglo XX algunos biógrafos de Nariño consideraron factible la presencia de aspectos contradictorios en su figura histórica. De la misma condición de “romántico” procedería su “audacia”, cualidad que fue resaltada en las publicaciones de los años sesenta y setenta del siglo XX.⁷⁶

A esta última generación de escritores corresponde el haber instaurado la tradición que mantiene la primacía absoluta sobre el amplio conjunto de reminiscencias motivadas por Nariño. Se trata de la tradición que muestra al héroe como el máximo exponente de la “desdicha”. Desde mediados del siglo XIX se ha repetido que la vida del prócer fue dramática, pero, en rigor, otra cosa bien distinta es que, desde el último cuarto de la misma centuria, se haya planteado que esa existencia estuvo caracterizada por un sinnúmero de “tristezas”. La palabra drama proviene de la voz latina *drama*, y ésta del griego *drao*, hacer, referido a sucesos de la vida real, capaces de interesar y conmover vivamente. Dichos sucesos bien pueden encontrarse en el espacio comprendido entre la comedia y la tragedia, y no necesariamente en el reservado a esta última. Por lo tanto, la repetición continua de la idea de que la vida del Precursor estuvo cargada de pesares puede considerarse tradición aparte. En las fuentes consultadas se hace referencia a las “penalidades” experimentadas por Nariño en por lo menos sesenta y cuatro ocasiones. En la obra de José María Espinosa el asunto es mencionado explícitamente dos veces, ocho en la de Soledad Acosta de Samper, treinta y cua-

72. Rafael Gómez, *La revolución...*, pp. 217-218.

73. Gonzalo Hernández de Alba, “Presentación”, en *Derechos del Hombre y del Ciudadano, primeras versiones colombianas*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1990, p. 14.

74. Enrique Santos, *Antonio Nariño*, vol. 1, p. 31.

75. Rafael Gómez, *La revolución...*, p. 217.

76. Enrique Santos, *Antonio Nariño*, vol. 1, pp. 31, 37-38.

tro en la del historiador Miramón, cinco en la del Pbro. Gómez, catorce en la de Liévano, y una más en el artículo de Puyana García. La intensificación de su registro en la historiografía académica de los años 1960 y 1970 es indiscutible.

El recuerdo del prócer “en lucha constante” constituye otra gran tradición. Fueron los historiadores de la segunda parte del siglo XX los encargados de erigirla en el lugar que hoy ocupa como la tercera tradición más significativa que la historiografía haya registrado sobre el héroe. Solo por mencionar algunos casos, puede anotarse que Miramón señala en treinta y dos apartes de su libro que a Nariño lo caracterizó la “perseverancia”. Narra, por ejemplo, un episodio de la Campaña al Sur en 1814, en el que dice sobre el prócer: “en vano se opondrán a su marcha distancias inmensas, llanuras ardientes, páramos helados, montañas inaccesibles; en vano quieren atajarlo la prudencia de los veteranos españoles o la malicia de los indios patianos: ¡adelante, siempre adelante!”.⁷⁷

De la misma manera, el Pbro. Gómez hace referencia a la “irreductibilidad” del Precursor en ocho oportunidades; Liévano en tres; y Eduardo Ruiz Martínez en una, cuando apunta: “no es persona a quien la adversidad derribe”.⁷⁸ ¡Cuán disímil resulta esta imagen de la del hombre sensible y de carácter impresionable que los historiadores habían presentado en los primeros años del siglo XX! Según Germán Colmenares, en la historiografía hispanoamericana del siglo XIX “el héroe debía compendiar los rasgos más esenciales, así fueran contradictorios, con los cuales cada pueblo prefería identificarse”.⁷⁹ De ahí que “el desbordamiento del cauce biográfico y su adopción como microcosmos o como representación simbólica de una entidad colectiva”,⁸⁰ fuera algo normal en las historias del siglo XIX.

LOS INICIOS DE UNA PERSPECTIVA CRÍTICA, 1970-1989

Con tono menos pretencioso al pintar el personaje, el enfoque historiográfico que vino después del paradigmático rompió abiertamente con las tendencias anteriores. No buscó dar fe de lo que había sido la gran persona, ni tampoco de las actuaciones y la trascendencia del gran héroe. Más bien se dedicó a ubicar el porqué de su sobresaliente figuración histórica y

77. Alberto Miramón, *Nariño, una conciencia...*, p. 203.

78. Eduardo Ruiz, “Antonio Nariño, primer presidente”, p. 8.

79. Germán Colmenares, *Las convenciones*, p. 144.

80. *Ídem*, p. 139.

a cuestionar los fundamentos de la misma con inusitada sed interpretativa. Este enfoque comenzó a tomar fuerza a finales de la década de 1960 y en el transcurso de los años 1970. Es manifiesta la propensión a sustentar las aseveraciones que efectúan con un riguroso manejo documental.⁸¹

Para ilustrar un tanto la ruptura que supuso la aparición de esta nueva mirada, basta con esbozar los planteamientos del historiador Camilo Orbes Moreno sobre la “atormentada” existencia del Precursor. Con singular ironía este autor pone en duda la tradición que dice que la vida del prócer fue un largo y doloroso viacrucis. Adicionalmente, desmiente de plano la veracidad de algunos episodios de la vida de “aquel que bien pudo llamarse Antonio dolores por su sino cruel”,⁸² instaurados como clásicos por la historiografía precedente.

Sacralizados por la estelaridad de su protagonista, esos instantes llegaron a ser momentos históricos. El toque mágico del héroe había hecho que un ademán o una simple palabra suya adquiriesen connotaciones sublimes por la sola razón de su procedencia. De esa manera el héroe transfirió a los acontecimientos parte de su propia luminosidad. Según Orbes Moreno, los “momentos históricos” fueron registrados muchas veces en los libros sin importar si habían tenido lugar sobre el terreno de los hechos o en el de la imaginación del vulgo, materia bruta de la que se servían con frecuencia los retratistas del cuadro histórico. Por ello, Orbes Moreno pide a sus colegas rigor en el manejo documental y vigilante actitud crítica.

Las imágenes del Precursor aparecidas después de la década de 1970 son pocas si se les compara con el enorme número surgido en épocas anteriores. Y si esto sucede con respecto a lo cuantitativo, en lo cualitativo lucen desteñidas y monótonas. Evidencian el desgaste que suele caracterizar a las ideas que han sido repetidas mil veces usando el disfraz de diferentes palabras. A lo anterior se suma el hecho de que ante la profusión verbal de los historiadores de la década de 1960, cualquier discurso parecería pálido, carente de vida. Ni florituras, ni alambicamientos, ni gracejos tienen ya lugar en una escritura más explicativa que impresionista. En términos generales, el retrato histórico pierde los aires de alocución y de arenga ejemplarizante, al tiempo que adquiere un tono de ponencia, de metódica y serena reflexión.

81. A modo de ejemplo véase Enrique Santos, *Antonio Nariño*, vol. 1, pp. 73-76, 82-88; y vol. 2, pp. 6-9, 12-19, 43-54 y 110-113.

82 Camilo Orbes Moreno, “Mito sobre la campaña de Antonio Nariño en el sur”, en *Repertorio Histórico*, vols. XXIII y XXIV, No. 153, Academia Antioqueña de Historia, noviembre-diciembre de 1968, p. 153. Véase además Moisés Barón Wilches, *El sino trágico de Antonio Nariño*, Medellín, Fondo Cultural Cafetero, 1977, p. 235.

CONCLUSIONES

Se ha procurado describir aquí varios elementos que han influido en la historiografía colombiana referida al período de la Independencia. La evolución y el sentido de las *ideas* sobre las que ha gravitado el discurso referido a un héroe de dicho período permite apreciar tendencias generales, ausencias, constantes temáticas e incluso elementos metodológicos preponderantes en diferentes momentos de la historia escrita. En el caso concreto examinado ha quedado en claro el uso recurrente de un discurso *ejemplarizante* por parte de los historiadores, estructurado en su mayor parte desde una perspectiva ideológica tradicionalista.

Varias operaciones han sido llevadas a término por la historiografía colombiana “oficial” al “materializar” o plasmar por escrito su visión de los héroes del período de la independencia, a saber: la prolongación de una historiografía que no reconoce múltiples procesos del pasado nacional; el resarcimiento parcial de esa carencia mediante la erección de figuras heroicas como paradigmas, modelos y pautas de comportamiento cuya idealización sirvió para conformar mecanismos de autorreconocimiento; y la sujeción del discurso histórico a unos parámetros ajenos a la cultura y a la realidad objetiva nacional. Puede observarse, además, la devaluación y posterior caída de dichos parámetros tradicionales junto con el cúmulo de valores que representaron.

Sin pretender establecer conclusiones definitivas, la revisión del tratamiento dado a la figura de Nariño resulta expresiva de la utilidad de la invención de la tradición para el establecimiento de propuestas nacionalistas y regionalistas –algunas aún vigentes–, que han nutrido y perfilado la configuración cultural, social y política de Colombia desde finales del siglo XIX.

Fecha de recepción: 12 mayo 2009

Fecha de aceptación: 21 mayo 2009



BIBLIOGRAFÍA

- Acosta de Samper, Soledad, *Biografía del general Antonio Nariño*, Pasto, Imprenta del Departamento, 1910.
- Barón Wilches, Moisés, *El sino trágico de Antonio Nariño*, Medellín, Fondo Cultural Cafetero, 1977.
- Botero Saldarriaga, Roberto, *Córdoba, 1799-1829*, Medellín, Bedout, 1970.
- Cadavid Restrepo, Tomás, “Tríptico, Antioquia eficaz, Antioquia heroica, Antioquia maestra de libertad”, en Roberto Botero Saldarriaga, *Crónica municipal*, Medellín, Bedout, 1969.
- Caicedo, Bernardo, *Grandezas y miserias de dos victorias*, Bogotá, Voluntad, 1951.
- Colmenares, Germán, *Las convenciones contra la cultura*, Bogotá, Tercer Mundo, 1989, 2a. ed.
- Espinosa, José María, *Memorias de un abanderado*, Bogotá, Banco Popular, 1971.
- Forero Benavides, Abelardo, “Impresión y represión de los Derechos del Hombre”, en *Credencial Historia*, No. 47, Bogotá, noviembre 1993.
- Gómez Hoyos, Rafael, *La revolución granadina de 1810*, Bogotá, Temis, 1962.
- Groot, José Manuel, *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada*, Bogotá, ABC, 1953.
- Henao, Jesús María, y Gerardo Arrubla, *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria*, Bogotá, Voluntad, 1967, 8a. ed.
- Hernández de Alba, Gonzalo, “Presentación”, en *Derechos del Hombre y del Ciudadano, primeras versiones colombianas*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1990.
- Hobsbawm, Eric, y Terence Ranger, eds., *The invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.
- Lefebvre, Georges, *El nacimiento de la historiografía moderna*, Barcelona, Martínez Roca, 1974.
- Liévano Aguirre, Indalecio, *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*, Bogotá, Tercer Mundo, 1972, 4a. ed.
- Miramón, Alberto, *Nariño, una conciencia criolla contra la tiranía*. Bogotá, Kelly, 1960.
- Ocampo López, Javier, *Historiografía y bibliografía de la emancipación del Nuevo Reino de Granada*, Tunja, Ediciones ‘La Rana y el Águila’, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 1969.
- Orbes Moreno, Camilo, “Mito sobre la campaña de Antonio Nariño en el sur”, en *Repertorio Histórico*, vols. XXIII y XXIV, No. 153, Academia Antioqueña de Historia, noviembre-diciembre 1968.
- Puyana García, Gabriel, “La primera república y la reconquista”, en *Historia de las Fuerzas Militares de Colombia*, t. 1, Bogotá, Planeta, 1993.
- Restrepo, José Manuel, *Diario político y militar*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1954.
- _____, *Historia de la revolución de la República de Colombia*, 6 tomos, Medellín, Bedout, 1969-1970.

- Ruiz Martínez, Eduardo, “Antonio Nariño, primer presidente con sentido de integración nacional”, en *Credencial Historia*, No. 47, Bogotá, noviembre 1993.
- Santos Molano, Enrique, *Antonio Nariño*, 2 vols., Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1972.
- Vergara y Vergara, José María, *Vida y escritos del general Antonio Nariño*, vol. I, s.l., Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1946.
- White, Hayden, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.